



# Nunca es tarde

por SERAFÍN J. GARCÍA

**C**UANDO el protagonista de esta verídica historia compró aquel retacito de campo pobre en la costa del Yerbal, y empezó a desbravarlo a rigor de paciencia y sacrificios, andaría orillando recién los veinticinco años.

Viéndole acometer empresa tan descabellada y ardua, en su concepto, los vecinos del pago — estancieros casi todos — no escatimaban la ironía ni el sarcasmo burlón al comentarla.

— ¡Si será cristiano zongo este Urruzú! — decían, entre mate y mate o entre flor y flor, durante las interminables truqueadas con que distraían sus ocios, por demás frecuentes—. ¡Mire qué ocurrencia la suya! ¡Perder el tiempo y deslomarse trabajando una tierra ordinaria, que sólo sirve pa la chilca y pa la esp-

—Y que pa pior hasta suele anegarse cuando el invierno es medio yoveñor.

—Es que el hombre les quedará plantar maíz a los capinchos, con eso engordan un poco.

— ¡Hay que embromarse, mismo! ¡Vasco y basta pa ser atra-vesao!...

Tales eran, palabra más o menos, las opiniones que suscitaba entre el vecindario la incomprensible conducta de Urruzú. Y no faltaba por cierto el comedido que, al encontrarse con el vasco, se permitiera darle un consejo:

—Yo que usté, compañero, no gastaría pólvora en chimangos, como dice el refrán. Ese es un campo ruín, que no se presta ni pa criar ovejas. Mejor será que lo venda y se dedique a otra cosa. ¿Pa qué matarse trabajando al ñudo?

El vasco oía el consejo meneando la cabeza, con aire dubitativo, y luego respondía con esta frase invariable:

— ¡Quién sabe, amigo! ¡Quién sabe! ¡Tiempo al tiempo!

Y la luz del día siguiente lo volvía a encontrar curvado sobre aquella tierra áspera, arrancando de cuajo los prolíferos cardos, las filosas carquejas y las agresivas matas de espina de la cruz.

Transcurrieron los días, las semanas, los meses. Poco a poco el rebelde malezal fué cediendo ante el esfuerzo continuado del hombre, que con la pala y el pico lo iba diezmando tenaz, de sol a sol.

Cuando la tierra estuvo limpia de yuyos y de arbustos, empezó a abrirla el arado en largos surcos parejos, igualitos, favorecido por las copiosas lluvias que habían ido calándola días antes, hasta ablandarle el lomo virgen. Aun así, no resultaba fácil por cierto la tarea. Más de una reja se melló y desafiló has'a tornarse inservible, a consecuencia del choque con las duras rafces escapadas del pico, o con las piedras que aquí y allá ocultaba aquel subsuelo de apretada entraña, reacia al tajo del acero, al esfuerzo paciente de los bueyes y a la obstinada decisión de Urruzú.

Cuando los vecinos empezaron a ver negrear las amelgas de la chacra, prolijamente aradas y rastrilladas ya, no pudieron menos que experimentar una especie de admirativo respeto hacia el muchacho emprendedor y fuerte, capaz de enfrentarse a la naturaleza y vencerla en lucha franca, imponiéndole su triunfal voluntad. Empero, seguían dudando del éxito de la empresa.

— ¡Porfíao el mozo, como todo vasco! ¡Y guapo como él solo, no hay que negarlo! ¡Pero yo no le arriendo las ganancias, compadre!

— Ni yo tampoco. ¿De qué le vale despaletarse preparando esa tierra, que al fin de cuentas no le va a dar ni un choclo?

Estas nuevas demostraciones del escepticismo general, al igual que las anteriores, llegaron también a los oídos del vasco en forma de consejos amistosos. Y él, una vez más, les opuso su respuesta favorita:

— ¡Quién sabe, amigo! ¡Quién sabe! ¡Tiempo al tiempo!

La palabra amigo era una de las que más le gustaban a Urruzú. Tal vez la preferida entre todas las que constituían su sencillo y franco vocabulario. Y era por eso que no perdía ocasión de

pronunciarla, aun cuando su interlocutor le fuera desconocido por completo.

Un día verdeó nutrido y promisorio el maíz. Aquella tierra en la que nadie creyera, trabajada y abonada cuidadosamente, respondía con creces al esfuerzo y la esperanza del agricultor. Y hasta parecía orgullosa de su nuevo destino.

Estiráronse con rapidez las plantitas, ayudadas por lluvias oportunas y benéficos soles. Un macizo terraplén y una honda y larga zanja de desagüe las defendieron de las inundaciones. Un buen cerco de alambre de púas y el winchester certero de Urruzú pusieron a raya a los carpinchos que, aprovechando los repuntes del Yerbal, merodeaban en los silenciosos crepúsculos o al amparo

de las propias sombras de la noche. Y alguna fiebre que osaba también aproximarse, solía pagar con la vida esa temeridad.

Claro que todo aquello suponía un sacrificio constante. Largas horas escamoteadas al sueño y al descanso. Penosas rondas nocturnas que se prolongaban hasta muy altas horas. Y a la mañana siguiente había que estar de pie temprano, avanzándolo al sol, como de costumbre, para que la jornada fuese rendidora. ¿Pero qué importaba sacrificarse con tal de que el maíz creciera y madurara a salvo de peligrar? Ya habría, más tarde, tiempo de descansar.

"Principio quieren las cosas, amigo", decía en su fuero interno el vasco para darse ánimo. Y, demás está expresarlo, "el amigo" asentía con absoluta y profunda convicción. Y Urruzú, satisfecho, seguía trabajando sin atender las protestas de su rendido cuerpo.

Hasta que finalmente el maíz cuajó en espigas y parejo y apretado grano, mientras sus airosos penachos platicaban alegres con el sol y el viento.

Desde más allá del alambrado tenso, las hirsutas malezas contemplaban con asombro la lozania de aquellas plantas mansas, de apariencia tan frágil, y que sin embargo se erguían decididas, abriendo un verde oasis entre la gris aspereza del lugar.

Poco a poco el animoso vasco fué prosperando y ampliando su actividad. Al cultivo de la chacra siguió la cría de aves y de cerdos. Luego vino la compra de vacas para el tambo y la elaboración de quesos y manteca. Y de inmediato la instalación del apiario.

Cada mañana salía Urruzú rumbo al pueblo, con el carro desbordante de los más variados productos, que él mismo iba pregonando de calle en calle, de zaguán en zaguán, con gritos pintorescos y estentóreos. Por todas partes retumbaba su vozarrón potente, anunciándole al vecindario su ya familiar presencia, que caracterizaba una vestimenta invariable, así derramaran fuego los implacables soles del verano o cuajaran su vidrio sobre chachas y zanzas las escarchas invernales: bombacha gris ceñida a la cintura por la ancha faja roja, camiseta de algodón a rayas horizontales, duros zuecos "carreros", y la típica boina ligeramente echada sobre la oreja izquierda.

Con esa misma indumentaria se le veía también, ya de regreso, ordeñar las vacas, o faenar algún cerdo, o escardillar la tierra, o carpir las plantitas para ayudarlas en su crecimiento.

Fueron pasando los años. Y la chacra de Urruzú se convirtió en una moderna y floreciente granja, verdadero modelo entre los establecimientos de su género, de cuya instalación se hacían lenguas las gentes de la zona.

Casado ya, y con tres hijos, el vasco José — don José, como habían empezado a llamarle los vecinos — continuaba trabajando con los mismos bríos y el mismo ardor del principio, dirigiendo personalmente a sus peones y alternando con ellos en el desempeño de todas las faenas.

Hombre de noble corazón y franco trato, siempre dispuesto a servir a los demás, su generosidad llegó a hacerse proverbial en el pago. Cuando alguien recurría a él, solicitándole ayuda para iniciar algún negocio, si en su concepto era persona honesta, lo habilitaba confiando en su pala-

bra no más. Nunca exigía documentos de ninguna especie. Porque para él no había mejor garantía que la palabra de un hombre. Si lo era de verdad, habría de cumplirla siempre, por muchos sacrificios que ello le demandase. Así lo había hecho él toda la vida. Y así entendía que tenían que hacerlo los demás.

Esa hermosa manera de pensar y de obrar fué, sin embargo, la que acarrió a la postre su desgracia.

Una tarde de domingo, en la pulpería del pago, entreteníase Urruzú jugando a las bochas con algunos vecinos — a falta de un frontón de pelota había hecho de aquel juego su diversión favorita — cuando se acercó a presenciar la partida Hermene-

gildo Sosa, a quien don José había prestado dinero tiempo atrás, para que comprara una yunta de bueyes y un arado y comenzara la explotación de una chacra.

—¿Qué tal, amigo? ¿Cómo anda ese trabajo? — interrogóle cordialmente el vasco luego del saludo de práctica.

—¿Qué trabajo? — preguntó a su vez y en tono brusco el otro, haciéndose el sorprendido.

—¿Cómo qué trabajo? ¡El de la chacra, pues!

—¿Y con qué viá trabajarla si no tengo plata?

Urruzú lo contempló stentamente, creyendo que bromeaba. Pero la serie ad hocil, casi agresiva de Sosa, resultaba por demás elocuente.

(Continúa en la página 51)

Conviene más por  
cajón, pues  
sale a

10

CENTESIMOS  
LA BOTELLA



Si señora... es muy fácil economizar comprando el cajón de 24 botellas sin refrigerar. Así cada botella de Coca Cola cuesta sólo \$ 0.10 y... qué ventaja tenerla siempre a mano para Uds., los chicos, las visitas, etc.

Pida hoy mismo un cajón a su almacenero.



MONTEVIDEO REFRESCOS S. A.  
Embotelladura autorizada de Coca-Cola

## NUNCA ES TARDE

(Continuación de la página 11)

Entonces don José insistió, sin poder ya disimular su asombro:

—¿Y la que me pidió la vez pasada, amigo? ¿Acaso no fué pa eso?

—¡Miente, don Urruzú! ¡Yo a usted no le pedi nada!

Al vasco se le subió toda la sangre al rostro. Por un momento se bamboleó su recio corpachón. Parecía un toro herido a punto de desplomarse. Y de pronto dió un salto, se apoderó de una bocha, y la descargó con toda la fuerza de sus hercúleos brazos sobre el cráneo del otro.

Sosa estaba en el suelo y él seguía golpeando, enceguecido. Fué preciso que cuatro hombres resueltos se lo llevaran a viva fuerza de allí.

De poco le valieron a Urruzú sus buenos antecedentes, su intachable ejecutoria de vecino pacífico, trabajador y honesto. Había dado muerte a un hombre con enañoamiento y tenía que pagar esa deuda ante la sociedad, como había pagado siempre todas las que cntrajo. Comprendiéndolo así, aceptó su suerte sin quejas ni protestas inútiles. Aunque allá en su fuero íntimo pensaría quizás, y con razón, que Sosa no valía los ocho años de cárcel con que tuvo que pagarlo. Pero la ley es la ley, y no puede hacer distinciones entre buenos y malos, entre honrados y picaros. Por algo pintan ciega a la Justicia...

Un día — todo llega a su término en el mundo — finalizó la condena de Urruzú. Y el vasco retornó a su lejano pago de adopción, para enfrentarse a otra dura realidad, que no esperaba por cierto.

Durante su forzada y larga ausencia, las cosas habían ido rodando de mal en peor en la granja. Enfermedades de la familia en la granja. Enfermedades de la familia aprovechado fueron las principales causas del desastre, al cual contribuyeron los estragos de una tremenda e implacable sequía.

Hubo que venderlo todo, hasta la tierra, para pagar las muchas deudas contraídas. Ese era en su opinión el deber principal, el más sagrado. Por eso mismo no vaciló en hacerlo.

Y cuando algún vecino del lugar, compadecido de tan injusta desgracia, quiso consolarlo con frases amistosas, obtuvo esta sencilla y admirable respuesta:

—¡Qué le vamos a hacer, amigo! ¡Empezaremos de nuevo! ¡Con afligirnos no se arregla nada!

Algunos meses más tarde volvió a verse a Urruzú abatiendo malezales y roturando una nueva parcela de campo virgen, un poco más al norte. Había ya muchas arrugas en su frente y muchas canas plateándole las sienes. Pero su fe robusta y su indomable voluntad de acero seguían teniendo veinte años.



## Tradición Buen Gusto - Calidad



HEMOS RECIBIDO:

Porcelanas

Rosenthal

Cubiertos *Christoffle*

y Cristales VAL S<sup>t</sup> LAMBERT

Véalos en nuestra Sección Bazar

# Turcatti y Casalia S.A.

CASA MOJANA

RINCON 627 al 639 • TELEF. 81141 al 43